

# La guerra de Chile en el siglo XVII

## Entre alzamientos generales y malocas esclavistas

por Hugo Contreras Cruces – Universidad Academia de Humanismo Cristiano

LA MAÑANA DEL 24 DE DICIEMBRE DE 1598 NO EMPEZÓ BIEN PARA LOS ESPAÑOLES QUE HABITABAN LAS CIUDADES DEL SUR DE CHILE. UN SORPRESIVO ATAQUE EN LOS CAMPOS DE CURALABA, UNA LOCALIDAD CERCANA A LA CIUDAD DE PURÉN, SORPRENDIÓ AL GOBERNADOR DON MARTÍN GARCÍA ÓÑEZ DE LOYOLA. ESTE, QUIEN HABÍA CAPTURADO AL ÚLTIMO INCA DE VILCABAMBA, TÚPAC AMARU, Y DESPOSADO A DOÑA BEATRIZ CLARA COYA, UNA JOVEN HEREDERA INDÍGENA PERTENECIENTE A LA ANTIGUA ÉLITE CUZQUEÑA, FUE MUERTO JUNTO CON LOS CINCUENTA SOLDADOS QUE LE ACOMPAÑABAN. CON DICHO TRIUNFO COMENZÓ LA MÁS GRANDE Y VIOLENTA REBELIÓN INDÍGENA DE LA QUE LOS ESPAÑOLES TUVIERAN MEMORIA DESDE QUE ARRIBARON A CHILE EN 1540.

**E**n los seis años que duró, hizo retroceder el dominio imperial a la margen derecha del río Biobío y destruyó las siete villas que se habían fundado al sur de este, incluyendo Villarrica, famosa por su oro, y Valdivia, una activa ciudad portuaria que solo se repoblará casi cincuenta años más tarde como complejo defensivo estratégico. A ello habría que sumar la gran cantidad de hombres, mujeres y niños que fueron cautivos, muertos y desterrados. Inmediatamente al norte, las ciudades de Concepción y Chillán quedaron en una condición de fragilidad extrema: vulnerables a cualquier ataque y prácticamente despobladas.

Solo la llegada en 1602 de un nuevo gobernador, el capitán Alonso de Rivera, formado militarmente en Flandes y con una importante experiencia en el mando de fuerzas de infantería, si no logró revertir la situación convirtiendo en triunfo las derrotas españolas, sí consiguió al menos reducir los daños y frenar las incursiones indígenas al distrito penquista. Lo hizo estableciendo la frontera sur del reino en el

río Biobío, lo cual no significaba renunciar a los territorios allende el cauce, pero sí establecer una zona segura que permitiera reactivar la economía agropecuaria de la región, repoblar sus ciudades y reorganizar la defensa de dichos parajes para luego comenzar el proceso de avance hacia el sur. Para ello, Rivera ordenó la construcción de una línea de fuertes y fortines que se situarían en ambas orillas del Biobío, desde su desembocadura en el océano Pacífico hasta su curso medio, principalmente en los lugares de vadeo, y cerca de grandes aldeas indígenas, generalmente habitadas por comunidades aliadas de los españoles o, al menos, no beligerantes. Tales fortalezas serían guarnecidas por hombres pagados a tal efecto, lo cual ya suponía un avance sustantivo respecto de lo que sucedía hasta su llegada.

### LOS INICIOS DEL CONFLICTO

Desde la fundación de Concepción en 1550, que, de alguna manera, marcó el comienzo de la llamada Guerra de Arauco



o de Chile, esta se peleó, principalmente, en los sectores costeros situados al sur de Penco y del golfo de Arauco. Todavía eran las antiguas huestes indianas, en ese momento compuestas por los encomenderos de Chile central y por soldados de refuerzo, que más bien dependían del favor de los feudatarios de indios que del apoyo de la Corona, las que libraron esos combates. Esto se reflejaba en aquella frase, frecuentemente introducida en las probanzas de méritos, en la que alguien indicaba que había “alimentado soldados en su mesa”. Esta seguía siendo una guerra de conquista, por tanto, lo que pretendían sus participantes era la concesión de premios y mercedes, fueran estas en forma de encomienda, tierras, un puesto en la administración o en la milicia, o la declaración de vecindad en algunas de las villas fundadas en la Araucanía.

Más tarde, luego de la muerte del primer gobernador, el capitán Pedro de Valdivia, y tras la llegada en 1557 de don García Hurtado de Mendoza, mandado a Chile por el marqués de Cañete, su padre, que en esos momentos ejercía el cargo de virrey del Perú, dicha guerra se fue transformando en un conflicto marcado por la ampliación del teatro de operaciones, que abarcaba los sectores cordilleranos situados a la altura de Concepción, el valle central de la Araucanía y los llanos aledaños a las ciudades de Osorno y Valdivia, al sur del río Cautín. Pero, lejos de ser una rebelión general, esta etapa se caracterizó por el estallido de focos locales de conflicto que eran atendidos tanto por los vecinos de las ciudades del sur, como por los encomenderos de Chile central y por tropas de refuerzo que, cada cierto tiempo, llegaban desde el Perú. En ocasiones, estos cuerpos combatían de forma independiente pero, la mayoría de las veces, era el gobernador, o algún oficial nombrado al efecto, quien encabezaba concentraciones de varios cientos de españoles que iban combatiendo los focos rebeldes, muchos de los cuales son conocidos por el nombre de los líderes militares mapuches que los encabezaron, como Caupolicán de Pilmaiquén (a quien cantó Erquilla en *La Araucana*).

Tal sistema funcionó durante todo el siglo XVI, no obstante, ni vecinos ni soldados de refuerzo tenían un estatus militar definido, sueldos decretados o una organización en particular, dependiendo en lo castrense tanto de los refuerzos que se enviaran del Perú, como en lo económico de las derramas y prorratas que se pudieran juntar entre los espa-

ñoles y los indios de encomienda. En términos bélicos, estaban sujetos a las maneras en que los gobernadores y sus capitanes, *motu proprio* y según sus particulares conocimientos, hicieran la guerra, pero también a los continuos cambios tácticos que los mapuches introdujeron en sus propias formas militares. De combatir en batallas campales con grandes y compactos escuadrones, los indígenas pasaron a hacerlo en fortalezas precarias construidas en cerros-isla u otros de difícil acceso, llamadas *malal*, desde donde salían partidas de infantes que atacaban especialmente las retaguardias españolas, o a ser capaces de sitiar los fortines y villas enemigas; más tarde, en la década de 1570, el dominio del caballo les confirió gran movilidad, llevando sus tropas de infantería montada hasta los lindes mismos de las ciudades castellanas, o atacando en partidas de varias decenas de jinetes donde menos se les esperaba. Cualquiera que fuera la forma de hacer la guerra de los mapuches, los soldados españoles debían estar preparados, pero muchas veces la valentía y los esfuerzos individuales no eran suficientes.

## DOS SISTEMAS ENFRENTADOS

Llegados a este punto cabe preguntarse cómo era la Guerra de Chile en el siglo XVII, particularmente porque el Ejército Real de la Frontera de Chile, en gran medida, nació gracias a la virulencia de la gran rebelión de 1598 y a las dramáticas derrotas que los españoles sufrieron, al menos, hasta 1604. Asimismo, era una fuerza armada que recibía un financiamiento importante para la economía regional penquista, pero deficiente para el ejército, y en medio de un hecho tan crucial como fue decretar la esclavitud de los indios rebeldes. Ello considerando, por otra parte, que la actuación de una fuerza militar permanente debería cambiar a favor de la Monarquía los bastos del conflicto.

De dos formas se organizó el conflicto en Chile. La primera, denominada “guerra ofensiva”, se desplegó entre 1602 y 1612 y, más tarde, desde 1626 hasta 1655, con el auspicio de la mayoría de los gobernadores y de no pocos de los virreyes peruanos. La segunda, desplegada entre 1612 y 1625, fue la “guerra defensiva”, aprobada por la Corona a petición del jesuita Luis de Valdivia, y que resultó en un fracaso político y militar. Más tarde, luego de terminada la rebelión de 1655, que duró al menos seis años, la actividad militar osciló entre el combate a los alzamientos locales y las nego-

◀ *La vuelta del malón* (1892), por Ángel Della Valle (Buenos Aires, 1852-1903), Museo Nacional de Bellas Artes, Buenos Aires. El recurso al malón (también llamado **MALOCA**) fue profusamente empleado por los araucanos durante todo el conflicto con los españoles. Esta imagen, aunque idealizada, nos permite hacernos una idea de los principales elementos utilizados por los guerreros araucanos en sus incursiones de saqueo a las haciendas y granjas de los colonos españoles en territorio chileno. Observamos un gran protagonismo de armas arrojadizas y largas como **BOLEADORAS** y **LANZAS** que, unidas a la rapidez de la acción (debido al uso generalizado de caballos) producían un efecto devastador en las pequeñas comunidades, inermes ante estos ataques. El botín era muy variado e iba desde bienes y ganado (obsérvense los caballos perfectamente enjaezados que llevan algunos jinetes y que son, probablemente, fruto del expolio) hasta diferentes elementos de adorno tomados como trofeo, pasando por mujeres. Además de en estas razias, el guerrero araucano era diestro en aprovechar la particular orografía del territorio donde se asentaba, sacando todo el partido posible de los accidentes geográficos del entorno a la hora de protegerse o hacer **EMBOSCADAS**. El cronista Diego de Ocaña señala el uso magistral que hacen de los desniveles: “y cuando los españoles están abajo salen los indios a ellos de emboscada, y por ser el sitio estrecho y fragoso que no se pueden aprovechar de los caballos han muerto a muchos españoles”. En este tipo de acciones, se recurría fundamentalmente al uso del arco, la maza y la macana así como a diversas armas de filo tomadas como botín al enemigo.



ciaciones de paz, para concluir en una situación de relativa calma a principios del siglo XVIII.

La guerra ofensiva, más que una estrategia en particular, era una forma amplia de concebir las acciones militares y sus objetivos. Se consideraba que el ejército debía tener un rol activo al entrar a la Araucanía para atacar los asentamientos mapuches rebeldes o sospechosos de serlo. Cada año, al fin de la primavera o al comenzar el verano, y generalmente a las órdenes del gobernador, se juntaban alrededor de mil hombres, provenientes de los grandes fuertes o tercios de Arauco y Yumbel, para cruzar el Biobío. De la ciudad de Concepción salía el gobernador y su compañía de guardia a reunirse con el maestre de campo general en Yumbel y luego la caballería de dicho fuerte, más algunas compañías de infantería, junto con los infantes y jinetes de Arauco/Tucapel, entraban al interior de la Araucanía. Divididos en

dos campos y en un movimiento de pinzas cerraban las entradas y salidas de los valles que serían atacados. Estas campañas pretendían quemar los campos y aldeas enemigas; llevarse o matar su ganado, para privarlos de los medios que les permitirían seguir su rebelión; sorprender las juntas y concertaciones rebeldes para destruirlas y atrapar o matar a sus líderes; y, por último, rescatar a los numerosos cautivos que, durante la rebelión de 1598, y aun antes, habían caído en manos de los mapuches, entre ellos muchas mujeres y niños, además de castigar a los renegados que, por diferentes circunstancias, habían huido al interior de las tierras indígenas, convirtiéndose en importantes aliados de los rebeldes, dados sus conocimientos de las tácticas españolas de guerra. Esta forma de luchar no contemplaba enfrentarse en batallas campales, más que cuando era necesario, y esa necesidad venía dada por la presentación

de una tropa rebelde, generalmente montada, al frente del ejército. Por su parte, los mapuches preferían esconderse en lo tupido de sus selvas y hacer sembradíos "falsos", susceptibles de ser quemados, a enfrentarse al descubierto con las tropas españolas.

La guerra defensiva consistió en una modalidad donde el ejército tenía prohibido pasar al sur del Biobío para guerrear, limitándose solamente a la contención y el castigo en caso de ser atacado. La idea subyacente era que, a través de la evangelización impulsada por los misioneros jesuitas así como de la realización de conferencias de paz con los principales jefes mapuches, llamadas parlamentos, y que tuvo su primer hito en Paicavi, el año 1612, se lograría la paz. Sin embargo, la guerra defensiva fracasó. A ello contribuyeron los siguientes factores: la muerte de tres religiosos jesuitas, en 1612, por Anganamón, uno de los jefes que había encabezado el alzamiento gene-

# La Araucanía en guerra siglos XVI-XVII

## La frontera

A partir del siglo XVII, Concepción se convierte en el enclave de referencia de la frontera sur del Imperio español, desde donde se organiza la guerra ofensiva o defensiva contra Araucanía en un periodo en el que va tomando forma la articulación de un *limes* permanente entre los primeros y las tribus mapuches, lo que supone la renuncia a un territorio que se comienza a considerar indómito.

## Los araucanos y la guerra

Las comunidades o linajes mapuches eran dirigidos por el patriarca de las mismas (*lonco*), que tenía asimismo la autoridad para movilizar a sus guerreros y la obligación de prepararlos para la lucha, pero la guerra propiamente dicha era una decisión que se tomaba mediante el voto mayoritario entre los *lonco* de la comunidad. Los ejércitos que formaban eran comandados entonces por jefes (*toqui*) escogidos por la mayoría, para lo que primaba su capacidad de liderazgo y mando más que la valentía, fuerza física, o su origen e influencia. Cuando la guerra con los españoles se hace crónica aparece también el fenómeno del caudillaje; líderes que encabezan incursiones a territorio enemigo en busca de botín y que, a causa de su éxito, arrastran tras de sí a numerosos grupos de guerreros. A causa también del latente estado de guerra, un nuevo grupo social se consolida, el de los guerreros profesionales; hombres cuya única ocupación es la milicia y que gustan de adoptar rasgos de indumentaria característicos que los diferencian como tales.

## Tácticas de guerra

Las tácticas araucanas de combate son la clave de su supervivencia, pues logran formar escuadrones cerrados, a la manera española, intercalando los diferentes tipos de unidades que los conforman: piqueros, arqueros u honderos. Saben maniobrar con destreza y evolucionar sobre el campo de batalla sin perder la formación, articulando líneas o cuadros según su conveniencia gracias a una magnífica disciplina y entrenamiento. La formación tienen el objetivo de chocar con las líneas del enemigo para, tras desordenarlo, poder lanzar al combate cuerpo a cuerpo a su infantería armada con macanas, *toquis* (hachas de piedra) o porras. Todo ello configura una fuerza de combate muy disciplinada y cohesionada que, bien dirigida, causa la admiración entre los españoles.

## Una sociedad diferente

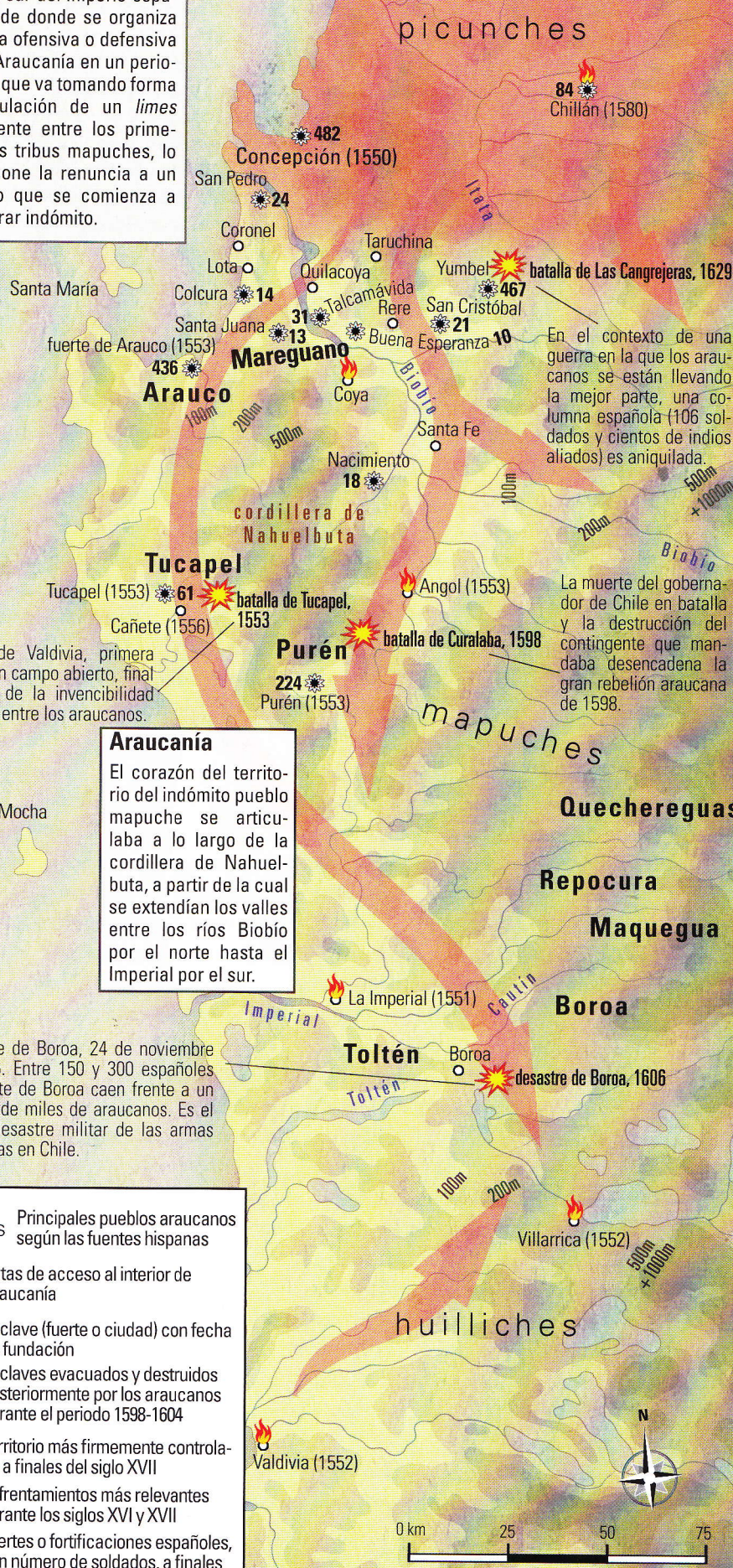
A diferencia de mexicas e incas, con los que recientemente se habían visto enfrentados los españoles, los mapuches no estructuraban su sociedad de una manera tan firmemente jerarquizada: un rey absoluto, de carácter semidivino, respaldado por un estamento aristocrático, que se sustentaba a su vez sobre una amplia base popular, conformando así una estructura monolítica que había sido aprovechada por los conquistadores que, al atacar y eliminar a la propia cabeza del poder, el monarca, habían dejado inerte al resto del cuerpo social. Entre los mapuches era muy diferente. No existían clases dirigentes o superiores que parasitasen al conjunto de la comunidad, pues imperaba un colectivismo igualitario, al margen de que algunas familias (*ülmen*) pudiesen acumular más tierras que otras. De esta forma, los españoles no encontraron nunca un objetivo claro, bien fuese una población de referencia o bien un núcleo dirigente esencial en la articulación orgánica de la comunidad, sobre el que descargar su golpe decisivo.

## Araucanía

El corazón del territorio del indómito pueblo mapuche se articulaba a lo largo de la cordillera de Nahuelbuta, a partir de la cual se extendían los valles entre los ríos Biobío por el norte hasta el Imperial por el sur.

Desastre de Boroa, 24 de noviembre de 1606. Entre 150 y 300 españoles del fuerte de Boroa caen frente a un ejército de miles de araucanos. Es el mayor desastre militar de las armas españolas en Chile.

- huilliches Principales pueblos araucanos según las fuentes hispanas
-  Rutas de acceso al interior de Araucanía
  -  Enclave (fuerte o ciudad) con fecha de fundación (1551)
  -  Enclaves evacuados y destruidos posteriormente por los araucanos durante el periodo 1598-1604
  -  Territorio más firmemente controlado a finales del siglo XVII
  -  Enfrentamientos más relevantes durante los siglos XVI y XVII
  -  Fuertes o fortificaciones españoles, con número de soldados, a finales del siglo XVII





ral de 1598; las continuas incursiones maloqueras de los mapuches a tierras españolas, desde donde robaban ganados y capturaban personas; y la oposición del ejército, que veía que no solo estaba limitado en el cumplimiento de sus funciones, sino que un importante incentivo de sus acciones, como era la esclavitud indígena, se veía seriamente conculcado.

En 1625 esta política militar terminó por orden de la Corona. Sin embargo, algunas de las iniciativas impulsadas por el padre Valdivia, como los parlamentos (aunque no fuera él quien hizo las primeras conferencias de paz con los mapuches, pues ya se detectan pequeños parlamentos a fines del siglo XVI) se siguieron realizando. Ahora eran encabezados por los gobernadores, quienes trataban de convocar al mayor número posible de jefes y comunidades indígenas, incluso si no estaban en rebelión, y pretendían no solo el cese de la violencia, sino también establecer un canal de comunicación entre el liderazgo indígena y la Corona, ampliándose la discusión a

► Representación —izquierda— del **TOQUI LAUTARO**, según el fraile Diego de Ocaña (ca. 1600), que sirve de referencia para recrear el aspecto, indumentaria y armamento de un **GUERRERO ARAUCANO** —en la página derecha—. Ocaña llegó a Chile dos años después de la **BATALLA DE CURALABA** (1598), en la que el gobernador Martín García Óñez de Loyola murió a manos de los araucanos, y registró su viaje por tierras chilenas en una obra que él mismo ilustró con detalle. Si bien no fue contemporáneo de **LAUTARO**, el emblemático guerrero araucano que venció al gobernador de Chile, Pedro de Valdivia, sí lo fue de Anganamón, que estuvo presente en Curalaba cuando murió Loyola. Los **TOQUIS**, líderes militares de los araucanos, eran elegidos por una asamblea de **LONCOS**, los jefes de las distintas familias que componían la estructura social mapuche, y uno de los criterios tenidos en cuenta a la hora de la elección, si hacemos caso al testimonio de Diego de Ocaña, era la apariencia física: “son más corpulentos y fornidos que los demás que son como manchegos de España”. El fraile jerónimo nos ha dejado, además, una representación idealizada del toqui Lautaro que contrasta con la representación fidedigna de un guerrero araucano, con las vestimentas y las armas propias de un guerrero de la ciénaga de Purén, en la ilustración de la derecha. Este iba ataviado con una **ARMADURA DE CUERO** de res y un **CASCO** (que observamos adornado con plumas, en el caso del dibujo de Lautaro para indicar su rango, si bien los toquis lucían en realidad una cabeza de hacha para significar su jerarquía), así como armado con la característica **MACANA**, una pesada vara de madera de un metro y medio de longitud con una vuelta en uno de sus extremos que se iba afinando progresivamente hasta terminar en filo. Asimismo, el guerrero porta un arco, que lleva guardado en su carcaj, que le permite combinar la contundencia de la macana con el ataque a distancia que permite el lanzamiento de flechas.

temas como la evangelización, la expulsión de los renegados de territorio mapuche y la alianza contra la llegada de navegantes extranjeros a costas chilenas. Importantes en tal sentido fueron los parlamentos generales de Quillín de 1641 y 1647, los que se celebraron tras la rebelión de 1655 y el de Yumbel, de 1693.

## LA GENERALIZACIÓN DE LAS MALOCAS

Mientras tanto, la guerra se desplegaba por ambos lados como un conflicto de baja intensidad, cargado de tensiones y desconfianzas, fundamentalmente a través de lo que Álvaro Jara llamó el “estilo guerrero del siglo XVII”: las malocas, usadas por ambos bandos. Se trataba de ataques relámpago, en general, de pequeñas tropas que incursionaban contra un asentamiento o aldea en el caso de los españoles, mientras que los mapuches preferían asaltar las estancias agropecuarias. Ambos contendientes pretendían capturar “piezas”, es decir, esclavos. Además, la ocasión era aprovechada para quemar los sembradíos aledaños y llevarse la mayor cantidad posible de cabezas de ganado. Luego de efectuado el asalto, los atacantes se retiraban rápidamente con el botín y se preparaban para las muy probables reacciones de los parientes de los raptados o de los soldados del fuerte más cercano a la estancia atacada.

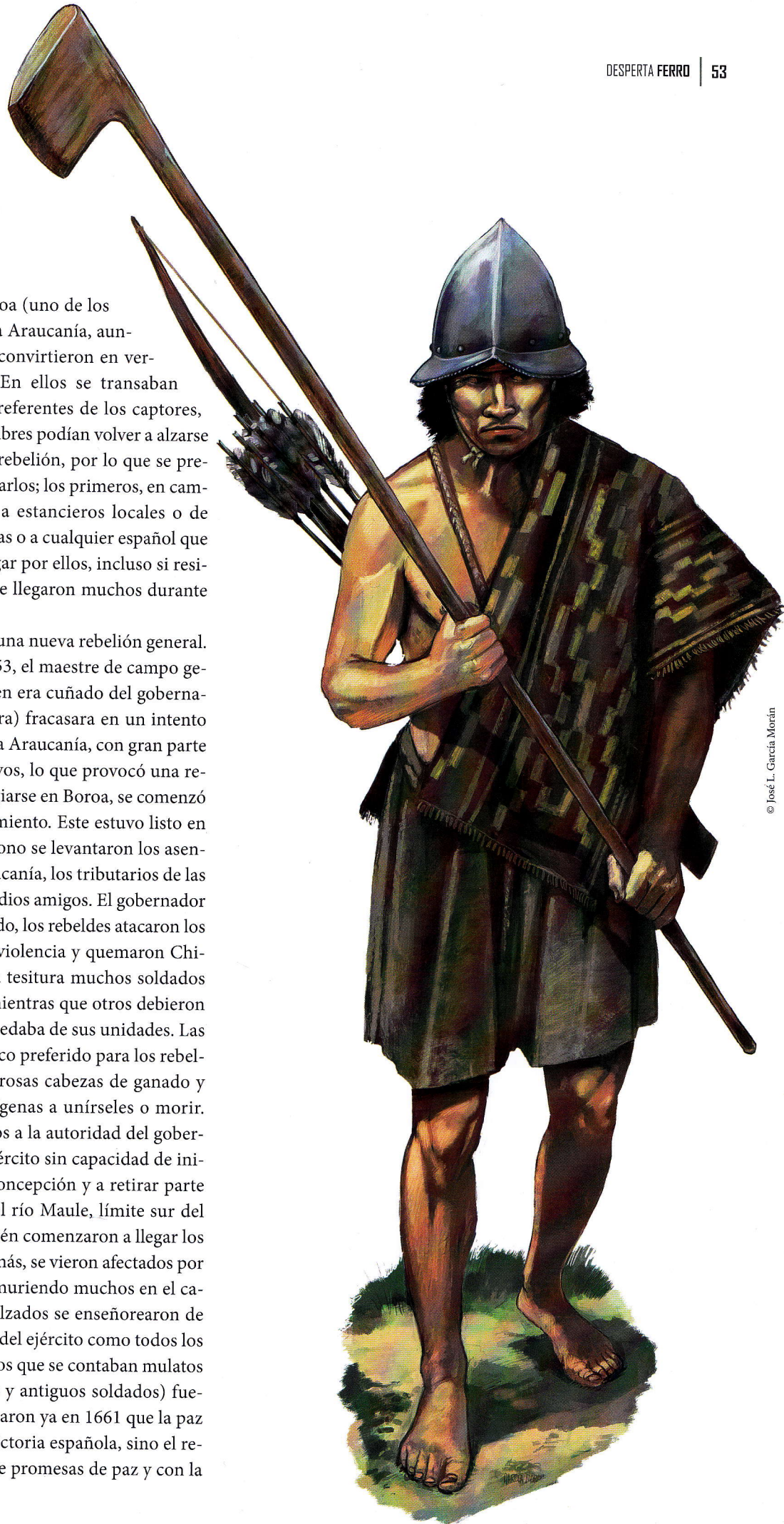
Particularmente para los miembros del Real Ejército de la Frontera de

Chile, uno de los incentivos más importantes era la posibilidad de capturar a esclavos indígenas. Más allá de los objetivos estratégicos que se había planteado la Monarquía con la creación de una fuerza militar profesional en Chile, su declaración en 1608 de que los indígenas rebeldes de la Araucanía, precisamente debido a su insubmisión y violencia, podían ser capturados desde los nueve años y medio las mujeres y diez y medio los varones, validó rápidamente una práctica que en Chile se realizaba, al menos, desde 1560 y convirtió a los milites, incluyendo a sus oficiales, a los indios amigos y, en ocasiones, hasta al gobernador, en eficientes captores y vendedores de esclavos. Tal situación se extendió legalmente hasta 1674, cuando fue prohibida por la Corona. Pero dicha decisión justo se implementó una década más tarde, aunque en realidad ello no puso fin ni a la captura ni a la migración forzosa de los indios. Si bien los antiguos esclavos fueron declarados libres, en el caso de que estos ya fueran cristianos, también existía el peligro de que volvieran a sus antiguas tierras con la valiosa información que poseían, por lo que se decidió “depositarlos”, es decir, adscribirlos a las propiedades de sus antiguos amos, o encomendarlos en ellos, para que siguieran sirviendo a los españoles, aunque ahora con derecho a un salario.

En la práctica esclavista, ciudades como Concepción o asentamientos

militares como el fuerte de Boroa (uno de los pocos fundados al interior de la Araucanía, aunque con vida intermitente), se convirtieron en verdaderos mercados humanos. En ellos se transaban mujeres y niños, los blancos preferentes de los captores, pues se consideraba que los hombres podían volver a alzarse y, peor aún, atraer a otros a su rebelión, por lo que se prefería matarlos antes que esclavizarlos; los primeros, en cambio, podían resultar vendidos a estancieros locales o de Chile central, mercaderes, monjas o a cualquier español que los necesitara y tuviera para pagar por ellos, incluso si residía en la ciudad de Lima, donde llegaron muchos durante gran parte del siglo XVII.

En este contexto, sobrevino una nueva rebelión general. Después de que, a finales de 1653, el maestre de campo general, don Juan de Salazar (quien era cuñado del gobernador Antonio de Acuña y Cabrera) fracasara en un intento de penetrar profundamente en la Araucanía, con gran parte del ejército, para capturar esclavos, lo que provocó una rebelión local que lo obligó a refugiarse en Boroa, se comenzó a planear secretamente un alzamiento. Este estuvo listo en febrero de 1655, cuando al unísono se levantaron los asentamientos fronterizos de la Araucanía, los tributarios de las encomiendas penquistas y los indios amigos. El gobernador se vio completamente sorprendido, los rebeldes atacaron los fuertes de la frontera con gran violencia y quemaron Chillán hasta sus cimientos. En esa tesitura muchos soldados resultaron muertos y heridos, mientras que otros debieron huir hacia el norte con lo que quedaba de sus unidades. Las estancias rurales fueron un blanco preferido para los rebeldes, que sacaban de ellas numerosas cabezas de ganado y obligaban a sus habitantes indígenas a unírseles o morir. Todo ello, y los cuestionamientos a la autoridad del gobernador y de su cuñado, dejó al ejército sin capacidad de iniciativa y lo obligó a defender Concepción y a retirar parte de su fuerza a la orilla norte del río Maule, límite sur del obispado de Santiago. Allí también comenzaron a llegar los desplazados de Chillán que, además, se vieron afectados por la peste y la falta de alimentos, muriendo muchos en el camino. Durante cinco años, los alzados se enseñorearon de la región y tanto lo que quedaba del ejército como todos los que podían tomar armas (entre los que se contaban mulatos libres, artesanos, encomenderos y antiguos soldados) fueron movilizados, con lo que lograron ya en 1661 que la paz volviera. Ello no significó una victoria española, sino el retiro de los rebeldes, revestidos de promesas de paz y con la



▼ El parlamento de Quillín (1641), grabado incluido en la obra *Histórica relación del Reyno de Chile* (1646) de Alonso de Ovalle, Biblioteca Nacional de Chile. La importancia del **PARLAMENTO DE QUILLÍN** (1641) reside en que fue el primer acuerdo de paz bilateral que se estableció en casi un siglo de guerra, apenas interrumpida, contra los nativos. Más flexible que sus predecesores, el gobernador **FRANCISCO LÓPEZ DE ZÚÑIGA** comenzó una política de negociación y agasajo a los líderes indígenas que se acercaban a la ciudad de Concepción que culminó en la reunión de dos legaciones de más de mil personas en cada bando para negociar una paz entre españoles y araucanos. Este parlamento se concretó en un **TRATADO SOLEMNE**, ratificado por el rey Felipe IV en 1643, que estipulaba la frontera entre los intereses de ambas razas en el río Biobío y por el que los españoles se comprometían a respetar la libertad de los mapuches y destruir las defensas que quedasen en sus territorios, mientras que estos eran obligados a liberar a los cautivos que tuvieran en su poder al tiempo que consentían en recibir pacíficamente a los misioneros que fueran a predicar el cristianismo. A cambio del reconocimiento de la soberanía de los mapuches, estos debían rendir vasallaje al rey de España y comprometerse a no aliarse con los enemigos de la Corona y a combatirlos, si llegaba el caso.

garantía de que el tráfico de piezas no se volvería a repetir, al menos a corto plazo, a sus asentamientos.

Lo último no llegó a cumplirse y pronto las malocas esclavistas volvieron; sin embargo, el ejército había quedado disminuido, las autoridades políticas, cuestionadas y Chile, económicamente agotado. De ahí en adelante la política fronteriza se hizo más compleja, introduciéndose mayores cuotas de acuerdo a través de parlamentos cada vez más recurrentes. Por su parte, el Real Ejército volvería a contar con su pie completo, seguiría a cargo de la vigilancia fronteriza, y las capturas de esclavos continuarían por un par de décadas más. Parecía que, a pesar de la derrota, para los militares nada había cambiado, pero ello distaba de ser cierto. Los mejores días del arma fronteriza ya eran parte del pasado.

## BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Contreras, H. (2011): "Una enfermedad vieja y sin remedio: La desertión en el Real Ejército de la Frontera de Chile durante el siglo XVII". *Fronteras de la Historia* 16-II, pp. 443-468.

Jara, A. (1971): *Guerra y Sociedad en Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Ortiz, R.; Roa, C. (1953): *Régimen legal del Ejército en el reino de Chile*. Santiago: Universidad Católica de Chile.

Vargas, J. E. (1987): "Antecedentes sobre las levas de Indias para el ejército de Chile en el siglo XVII (1600-1662)". *Historia* 22, pp. 335-356.

Villalobos, S. (1995): *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

► Bibliografía completa en [www.despertaferro-ediciones.com](http://www.despertaferro-ediciones.com)



**Hugo Contreras Cruces** es doctor en Historia con mención en Historia de Chile por la Universidad de Chile; magíster en Historia por la misma Universidad; y licenciado en Historia por la Universidad de Valparaíso. Profesor de la Escuela de Historia de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano y miembro del Laboratorio de Mundos Coloniales y Modernos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Su investigación se ha centrado en la historia de las fuerzas militares fronterizas y de castas chilenas desde el siglo XVI en adelante, y en la migración forzada indígena en Chile durante el mismo periodo.

